La Coruña, 15 de Abril, 1983.

Querido Carlos Gurméndez:

Al fin me decidí ayer a ponerte en el correo el original de Rafael de que habíamos hablado por teléfono. Me refiero al que, sin nombre todavía, él llamaba provisionalmente la Fábula. Y lo cierto es que me he quedado muy triste e intranquila. Tengo la sensación de haberlo entregado, indefenso, al mundo.

No me sucede esto por ser un texto incompleto (o mas bien un plan o esbozo incompleto de obra), sino porque de haber sido entregado por el autor mismo al editor, incluso como incompleto, le hubiese dado esos toques mágicos que pueden salvar transiciones o destacar intenciones apenas manifiestas todavía. Y ahora se me ocurre hablarte un poco de cómo se escribió, por si quieres aludir a ello en alguna especie de introducción o comentario que hagas para presentarlo.

Creo que una importante característica de este texto es que fue totalmente dictado, en un gozoso impulso de creación que duró sólo siete días -descontando de ellos las horas que había que dedicar al trabajo obligatorio-, y que ahora se ha copiado del cuaderno inicial sin otra variación que la de poner algunos puntos y aparte.

Me parece que este hecho debe conocerlo el lector, no sólo para juzgar adecuadamente el texto -que no es lo que interesa en primer lugar-, sino para sentirlo dentro del ambiente de ingenuidad y de pureza en que fue escrito. Se me ocurre que, tal como está, viene a ser como un relámpago, como una ráfaga luminosa que muestra fugazmente, pero con sorprendente nitidez, variedad de "mundos" o partes del universo humano en que se traspasa el

límite de lo que, en sentido religioso, se suele llamar temporal y eterno.

El hecho de que Rafael haya elegido dictarme ese original, paseando rítmicamente por la sala o deteniéndose ante la ventana, con toda sencillez, sin tachaduras, con la complicidad de saberme espectante; el haber yo merecido ser partícipe, acompañante en esa transparencia, es para mí la señal más enternecedora de la calidad de nuestra relación. Quizá por serme tan precioso he dudado tanto en publicarlo. Pero aparte de considerarlo muy valioso en sí, pienso que puede aportar especiales luces para entender la compleja y diáfana personalidad de su autor.

Nuestra relación... Se me viene a la memoria, en el intento de explicarla, un recuerdo de juventud que a veces he contado, en presencia de Rafael, a los amigos íntimos.

A Rafael le había sido concedida -pocos meses antes de conocernos y a propuesta de Pedro Salinas- una Pensión por la Junta de Ampliación de Estudios en el Extranjero, para estudiar Teatro en Francia y Bèlgica. Deseosos de salir de España juntos, nos casamos en Septiembre de 1934 y salimos para Bruselas a principios de Octubre. Íbamos muy felices. Rafael con múltiples intereses y proyectos. Yo con una curiosidad amplísima, pero que tenía su centro en Rafael, origen de todas mis preguntas y destino de mis respuestas.

En aquel otoño de Bruselas, frecuentábamos los teatros y museos, leíamos mucha poesía y dábamos enormes paseos, en constante diálogo. Rafael estaba muy interesado en temas filosóficos, ante los cuales yo confesaba mi ignorancia, pues mi formación había sido principalmente en ciencias. Pero él me utilizaba un poco como al "empirista ingenuo", que mucho después aparecería en alguno de sus ensayos.

Un día era el tema [redacted] más difícil para mi comprensión y yo me quedé indecisa diciendo: "No acabo de entenderlo". Aquella noche tuve un sueño -siempre he soñado mucho y en aquella época tenía sueños preciosos que, frecuentemente, solían terminar con una frase, digamos, clave. Por la mañana le conté el sueño a Rafael, muy extrañada de su rareza. Y él, después de un pequeño silencio, observó: "Es un perfecto apólogo de lo que ayer dijiste no entender". Y, en efecto, desentrañó su sentido en el que encajaba muy bien la frase final. A los pocos días se repitió el caso, con otro tema y otro sueño, con gran sorpresa y contento de los dos. Pero a la tercera vez, y antes de resolverme el apólogo, me dijo cariñoso y festivo: "¿Sabes que eres mucho más inteligente dormida?".

Sin duda, esa ha sido mi salvación en nuestra vida conjunta.

En el cuento de Rafael "La Asegurada"(.) hay un pasaje en que un niño se siente herido y en rebeldía por reacciones de los mayores que no entiende. Le mandan a acostar y no quiere dormir, pero "se duerme profundamente y toda la sabiduría de la aldea entra en su alma por la puerta de los sueños".

Me doy cuenta de que yo, a lo largo de nuestra vida, lo que no podía entender, o no podía abarcar, o me negaba a aceptar despierta, lo he venido a entender dormida, es decir, no por reflexión, sino por mi disposición siempre permanente de querer comprender a Rafael. Por eso he podido ser tan sumisa (¡oh, no es esa la palabra; no soy nada sumisa); por eso he podido, sin especiales votos ni estrategia alguna, obrar siempre conforme a la que fuese inclinación de Rafael, incluso en cosas en que mi opinión comenzaba por ser muy diferente.

(.) Último cuento de Historias e invenciones de Félix Muriel. Madrid: Alianza Editorial, 1974.

Sólo yo puedo saber cuánta fue, desde el principio, mi admiración por Rafael. Lo único que puedo decir para acercarme a describirla es que me di cuenta enseguida de quién era; y supe también de un modo indefinido que nuestra unión comportaría para mí responsabilidades no previstas. Las acepté con humilde seguridad. Hemos vivido juntos una larga vida, con muchas dificultades y aventuras -dados los tiempos- , pero siempre de sencilla dignidad, unidos en un grande y libre entendimiento. Pero -hablando desde mi experiencia femenina- el entendimiento amoroso no se regala; está constantemente sometido a prueba, hay que ganarlo diariamente, con grandes o menudas luchas y victorias que -en mi caso- nunca tuvieron que ser contra Rafael, sino contra mí misma, y que nunca significaron renuncia a nada personal valioso, sino, por el contrario, a lo contagiado, a lo inútil.

Me violenta un poco hablar de mí misma, pero si lo hago es para mostrar, como testigo y sin intentar definiciones imposibles, algo de cómo era Rafael, o mas bien de su comportamiento. No aludiré a incidentes importantes, sino a modestos ejemplos.

En la primera etapa de nuestra vida en Buenos Aires -es decir, iniciada nuestra convivencia normal en el exilio después de la guerra- aparte de lo mucho que leía Rafael solo, para estudiar o para informarse, leíamos mucho juntos, como recreo. (Entonces no había televisión, así que muchas veladas, si no salíamos, las pasábamos leyendo). Le gustaba que le leyese en alta voz; unas veces seguía el texto con la vista y otras oía simplemente. Los comentarios solían ser maravillosos: de una crítica lúcida y certera, rebosante de hallazgos y nuevos puntos de vista. A veces yo le reconvenía: "Rafael: derrochas todo esto para mí sola. ¿Por qué no lo escribes?" Y me contestaba graciosamente: "No es, pues, derroche".

Me di cuenta de que le quitaba libertad al considerar sus ocurrencias como material de posible aprovechamiento literario. Aprendí instintivamente que no debía inducirle a escribir sobre esto o sobre lo otro; que no debía preguntarle sus planes; que palabras como éxito, fama o parecidas sólo podían pertenecer a nuestro léxico para aplicar a los demás, que la creación literaria personal era para él, en general, un regalo no suscitable... ¡Cuánto tuve que aprender sin que nadie me enseñase, sólo adivinando, interpretando estados de ánimo, leves gestos! Porque Rafael, que tenía un don didáctico formidable, no había de emplearlo conmigo: le hubiese espantado ser Pigmalión.

Una de las mayores pruebas que yo he tenido que sufrir ha sido la dedicación de Rafael, durante años -en el tiempo no dedicado al duro trabajo de ganarse el pan- a sus investigaciones filosófico-matemáticas. Desde luego, me parecía necesario y admirable que lo hiciese; pero lo que yo más deseaba era otro tipo de creación: narración, poesía, teatro. Era como estar al lado de una fuente clarísima que por un fenómeno geológico desvía temporalmente su cauce. Y hay que esperar a que cambien esas circunstancias. Rafael sabía -no olvidaba- que yo estaba allí, esperando otras cosas, y se sentía seguro de dármelas. De cuando en cuando me decía: "Pronto voy a hacer otras cosas".

En el momento a que ahora voy a referirme, estábamos en la segunda etapa de nuestra estadía en Buenos Aires, después de volver de Inglaterra y de México. Pues bien, una de sus especulaciones matemáticas le condujo a un hallazgo que le hizo extraordinariamente feliz. No por haber descubierto él aquello -que también-, sino feliz de que el mundo fuese consecuente, fuese fiel a sus leyes. Su alborozo fue muy grande y se quedó en un estado de espí-

ritu que sólo puedo sugerir, aproximadamente, como "estado de gracia". Era un sábado por la mañana. Por la tarde dimos un paseo hablando del tema matemático, entramos en un sitio agradable a tomar el té y al oscurecer volvimos a casa. Entonces me dijo, usando -como acostumbraba frecuentemente- un cortés plural: "Ahora vamos a hacer otras cosas". Yo asentí sonriente, pero sin reaccionar demasiado. Y él insistió: "No, ¡pero si es ahora, ahora mismo"! Voy a dictarte. ¿Tienes un cuaderno?".

Mientras me disponía hizo unos ligeros juegos en el piano. Hay una anotación en el cuaderno que dice: "El plan que sigue comienza a dictármelo Rafael el día 30 de Julio. (1955). (Carmen)". Y al margen: "(Por la noche)". Después comenzó a pasear y, como le gustaba sorprenderme, hacerme gracia, comenzó a dictar con un poco de humor: "Al freir será el reir". Y añadió ya sin broma: "(Auto)". El dictado continuó -con un pequeño descanso para una frúgal cena- hasta altas horas de la noche.

Yo estaba encantada. Ya había asistido a muchos milagros; pero que se pueda dictar llanamente, sin una vacilación, sin una tachadura, una prosa tan diáfana y perfecta, urdiendo además el argumento o sus incidentes, me parecía maravilloso.

Continuamos los días siguientes. Se produjo un desbordamiento de ocurrencias e incidentes que no daban lugar a ser narrados, Se continuaba o se interrumpía la línea narrativa y se procedía por anotaciones de episodios posibles. Indudablemente el autor era completamente dueño de sus recursos y sabía que podría apaciguar la variedad de incidentes encontrándoles su oportunidad y sitio adecuados, suprimiendo y añadiendo episodios.

Yo tenía idea de que el tiempo empleado no había sido muy largo. Pero al volver a manejar el original ahora, me quedé muy sorprendida. Hay cinco anotaciones de fechas y la última es: "Viernes,

6-VIII-55", es decir, siete días.

Evidentemente, está dictado según inspiración del momento -aunque hubiese un fondo anterior de memorias y ensoñaciones-, sin plan previo -mas bien se anuncia como plan-, sin tomar precau_ ciones, dejándolo crecer de un modo natural, rectificando sobre la marcha, sin que la tersa emoción de unos pasajes inhiba el movimiento lúdico de otros. El autor se siente seguro y se permite grandes atrevimientos.

Por una desafortunada coincidencia, teníamos que ir a Montevideo en una fecha anteriormente concertada. Todos los años, en el invierno, le invitaban a Rafael de la Universidad o de Amigos del Arte a dar alguna conferencia. Eran siempre unos días que pasába_ mos muy dichosos en la culta, agradable y democrática ciudad que era entonces Montevideo. Allí encontrábamos a numerosos amigos, de los que ahora no mencionaré sino a Enrique Dieste -el hermano ma_ yor de Rafael, que le llevaba 23 años- y a la gran poetisa uruguaya Esther de Cáceres, unida por gran amistad, desde jovencilla, a los hermanos Dieste. A mí me faltó tiempo para decirles que Rafael estaba escribiendo algo nuevo, y ellos enseguida organizaron una sesión íntima de lectura. Rafael se resistía diciendo que era sólo algo iniciado e incompleto, pero insistieron en conocer una parte.

Yo les leí dos o tres capítulos del comienzo. Desde luego, encontraron el texto muy hermoso. Pero a Rafael no se le ocultó un pequeño desconcierto en Enrique y Esther. Se referían con entusias_ mo a la belleza literaria, pero parecían sentir una especie de timidez para indagar acerca del proyecto en conjunto (cosa que yo de_ seaba para enterarme); de tratar, en fin, el tema con la acostumbrada soltura. Yo tuve un ligero sobresalto, preguntándome si habría sido acertado por mi parte darles la noticia que ocasionó la lectura

del mundo circundante.

En los últimos días de Septiembre de 1981 -quince días antes del accidente que ocasionó su inesperada muerte- Rafael mencionó decididamente la Fábula como uno de los trabajos a realizar en el año. No pudo ser...

Carmen